

El aventurero por Florencia Barr

Era una mañana gris, oscura y lluviosa, el tipo de día perfecto para quedarse en casa. Las ventanas estaban cerradas y un fuego crepitante ardía en la chimenea.

Una mosca se lo pasaba de maravilla caminando sobre un espejo encima de la chimenea. Estaba muy contenta consigo misma y se divertía mucho con su reflejo en el cristal. Volaba lejos y luego volvía rápidamente al espejo. Era un juego estupendo, y con sus muchísimos ojos podía ver cuando alguien levantaba la mano para atraparla. Cansada del espejo, recordó de repente que las moscas podían caminar por el techo. Así que voló hasta allí y caminó un trecho por el techo sin caerse ni una sola vez. Esto la hizo muy aventurera, así que buscó algo más que hacer.

¡Qué ruido! Se abrió una puerta, alguien cruzó la habitación y abrió una ventana. La mosca miró a su alrededor y vio que el sol brillaba con fuerza, que la lluvia había cesado, así que voló directamente hacia la ventana abierta y salió al cálido sol.

Era solo una pequeña mosca sin mucha experiencia.

Y por una vez estaba sola, sin nadie que le dijera: «No vayas ahí»; «Ten cuidado». ¡Oh, qué delicia era ser libre! Era el momento de ver el vasto mundo del que tanto había oído hablar. Así que voló hacia una madre selva donde una abeja recolectaba dulzor de las flores y zumbaba alegremente. Observó a la abeja con admiración. Entonces la abeja se fue volando y la mosca la siguió. Se adentraron en el bosque, pues la abeja era silvestre y vivía en el bosque. Mientras volaban juntas, se hicieron buenas amigas.

"¿Te gusta el bosque?", zumbó la abeja.

"Es la primera vez que vengo aquí", respondió la mosca.

—Oh —dijo la abeja—, entonces ten cuidado por dónde vas. No seas demasiado arriesgada. Sé feliz y disfruta, pero mantente alerta ante las trampas para moscas o podrías caerte.

«¡Qué tonta soy!», pensó la mosca; «Soy todo ojos, rápida y ágil. No tengo nada que temer. Viviré mi gran aventura».

—Bueno —zumbó la abeja—, tengo que irme. Zumbando, zumbando, desapareció. Y la mosca se quedó sola.

La luz que iluminaba una bonita flor verde y fresca servía de refugio, y el aventurero miró hacia abajo, a esta extraña flor.

Un crujido entre las hojas cercanas sobresaltó a la mosca, siempre atenta, y un pájaro le advirtió: «Ten cuidado; ese lirio de pantano parece muy piadoso, pero hay que vigilarlo». Ahora bien, esto hizo que la mosca se volviera más audaz que nunca. Podía valerse por sí misma, pensó, y se haría amiga de ese lirio de pantano. ¿Acaso no era conocido como el predicador del bosque?

La mosca pareció oír una vocecita que decía: "Baja a mi púlpito. No tengas miedo".

¿Conoces al lirio de tres hojas, verdad? Qué erguido se mantiene en la flor, con una hoja maravillosa doblada de tal manera que forma un púlpito con una caja de resonancia encima.

"No tengas miedo", dijo la vocecita.

"¿Quién tiene miedo?", dijo la mosca, "Enseguida bajo".

Abajo, abajo, se aventuró el pequeño visitante, admirando las hermosas y brillantes paredes rayadas de verde, granate y negro. Al pie del púlpito había unos preciosos racimos de diminutas flores, redondas y verdosas. La mosca se posó en una de ellas, y una vocecita dijo: «Somos las florecillas que Jack cuida con tanto esmero hasta que, con el tiempo, nos convertimos en brillantes bayas escarlata. Y entonces, Jack saldrá de su púlpito para que todos puedan ver a las pequeñas escarlatas».

La mosca estaba encantada de haber descubierto el secreto de Jack-in-the-pulpit. Hacía mucho calor al pie del púlpito, así que la aventurera empezó a arrastrarse para tomar aire. Pero no fue fácil, pues las paredes estaban muy resbaladizas y sus patas no se aferraban. Extraño, podía caminar sobre un techo o un espejo brillante, pero esto era diferente. De repente, la mosca recordó lo que le había dicho la abeja. ¡Imagínate que esto fuera una trampa para moscas! Pero no, no podía ser, porque Jack era un predicador. Débil, cansada y agotada de tanto intentar escapar, la pequeña aventurera gritó con voz temblorosa y débil: «Oh, abeja bondadosa, si estás cerca, por favor, ven a rescatarme». Entonces, demasiado cansada para intentarlo de nuevo, la mosca cayó al suelo del púlpito, a los pies de Jack, completamente exhausta.

Un zumbido vigoroso, zumbido, zumbido, hizo que el aventurero se sobresaltara. La abeja se había posado en la misma flor.

"Abeja bondadosa, por favor ayúdame", dijo la mosca.

"¿Dónde estás?", zumbó la abeja, mirando hacia el interior de la flor pero sin aventurarse a entrar.

"Aquí abajo", dijo la mosca.

«¡Rápido!», dijo la abeja; «busca la abertura en la solapa». Así que la mosca intentó escapar una vez más y, efectivamente, encontró la abertura en la solapa frontal, donde se pliega la hoja. Ya no se sentía muy aventurera, solo contenta de estar viva.

—Gracias, amable abeja —dijo humildemente la mosca—. Me salvaste la vida. Era una mosca tonta.

—Sí —zumbó la abeja—, pero todos somos tontos a veces. Sin embargo, siempre hay una salida si tan solo pudiéramos encontrarla.

Entonces la abeja y la mosca volaron juntas y se hicieron aún mejores amigas.